
Carta a un amigo: Wichi, un pueblo en la agitación de la modernidad.

Los días fluían al ritmo de las estaciones en esta tierra donde la historia se escribe en el ámbito de siglos que abarcan milenios. Cada día que forma parte de la vida cotidiana de este lugar hay una nueva hoja de una partitura inacabada, iniciada hace más de 7'000 años por los wichis. Estos indígenas no son los únicos que hacen resonar su canto, vibran con los árboles en sus declamaciones llenas de emociones incontenibles alabando la belleza, agradeciendo la generosidad y autenticidad de la naturaleza salvaje de esta inmensa región. Sus cantos son seguidos por un profundo silencio donde se escucha la voz de la naturaleza para ajustar su forma de estar en este santuario de la creación y no interferir demasiado ni influir en el futuro y los acontecimientos del bosque. Escuchan para ajustar sus conocimientos para cuidar el bosque.

Saber escuchar para saber decir lo esencial era el canto discreto de los hombres que vivían en resonancia con el concierto de la creación.

El Wichi es un individuo, con una mente tranquila, pensamientos puros y una mente libre de estorbos. Él no está involucrado, como nosotros, en un laberinto de conceptos y un laberinto de preceptos intelectuales. Es libre de escuchar el momento sin tener que preguntarse si tiene que respetar un conjunto de reglas de comportamiento, formas estereotipadas de actuar en el mundo... No se enfrenta a una disciplina tan difícil de asimilar como la del mundo moderno, donde los individuos ya no viven en un bosque de árboles, sino en un bosque abstracto hecho de estructura intelectual, artefactos y construcciones quiméricas, pretensiones. La escuela occidental enseña esta lección, que todo escolar profundizará a lo largo de sus estudios, formación o aprendizaje académico y profesional. Aquí, el conocimiento se inscribe en el desarrollo del pensamiento conceptual donde la inteligencia es sinónimo de raciocinio, la razón mental y conceptual, la moral, la remisión de las mentes de los individuos a un inmenso libro de leyes, y su ambigua y peligrosa redacción en cuanto a la naturaleza jurisprudencial que la realidad asume en este pensamiento.

* * *

Durante miles de años, su forma de vida se ha extendido a lo largo de los siglos. Para mí, representa la economía más saludable que he visto en mi vida. Saben sentir, escuchar y comprender las palabras de la naturaleza, las de los vivos, así como los signos que vienen del mundo invisible.

Debe ser intuición que resistieron con tanta fuerza a las diferentes olas de evangelización. Primero, los jesuitas surgen en el siglo XIV, luego los franciscanos y finalmente los anglicanos que

fueron los primeros en sensibilizarlos al cristianismo durante el siglo XIX. Durante el siglo XX, la orden franciscana ejerció una gran influencia sobre los wichis, cuyo proyecto evangelizador no era separarlos de su tradición, sino hacer un acercamiento entre su cosmogonía y la del cristianismo. Además, estos monjes han sido capaces de acercarse y sensibilizar a este pueblo a una visión metafísica que resuena con la suya durante el siglo pasado, asegurándoles el respeto a su forma de vida, mientras que los demás pueblos indígenas de la selva habían sido evangelizados durante varios siglos.

A pesar de toda la atención que los franciscanos hayan podido tener para preservar y apoyar su cultura, su forma de vida, sus hábitos alimenticios, la relación con un orden social tan diferente al suyo, termina por sacarlos de la nada. No vivían allí escondidos. Estos son los intereses del mundo moderno, que poco a poco los han expulsado de su territorio, privatizando sus tierras, deforestando y trazando fronteras geopolíticas y económicas impuestas por las naciones "modernas". Sin embargo, debajo de esta nueva división de la tierra hay otras líneas en las que hombres y mujeres han vivido hoy durante tantos milenios.

¿Qué significa la noción de propiedad cuando uno vive el mayor derecho que tiene como pueblo indígena a las tierras ancestrales? ¿Qué es lo que el "poder judicial", la "legislación", la "moralidad" determinan arbitrariamente que los titulares de derechos representan en sus mentes? ¿Cómo pueden convivir en la misma tierra nociones de tiempo tan diferentes como las del pensamiento occidental y las de los wichis? Los acontecimientos actuales de nuestro tiempo lo han inscrito todo en el registro imparable de una economía de explotación industrial de los bienes terrenos.

* * *

Durante nuestra inmersión con los wichis, visitamos repetidamente tres aldeas, tres comunidades de la misma gente del bosque, tres rostros diferentes, tres enfoques distintos, tres puntos de vista singulares en su búsqueda de la convivencia con los hombres de las ciudades modernas.

Un tríptico de sensibilidades, que describe una búsqueda común inscrita en las perspectivas cruzadas: *¿cómo existir en el campo de las restricciones impuestas por un gobierno que promueve las operaciones agroalimentarias, petroleras y mineras y vandaliza el bosque con sus preciosas especies presentes en este inmenso bosque primario en beneficio de naciones extranjeras que viven un consumismo excesivo?*

La modernidad se ha ido invitando a sí misma a lo largo de los siglos, imponiendo su visión del mundo, su razón, su moral y su progreso hasta el globalismo. Hoy en día, este movimiento está obligando a los pueblos indígenas a someterse a una metamorfosis para continuar el fabuloso viaje de sus tradiciones ancestrales hacia el presente por una razón completamente diferente. ¿Es posible?

En su presencia, nos sentimos como si estuviéramos presenciando el espectáculo del destino que se escapa como un puñado de arena que se escapa de la mano. Decir que hoy solo quedan unos pocos no es exagerar. Los tres pilares de este pueblo de 7.000 años de antigüedad están perdiendo la tierra en la que han descansado durante siete milenios. La tierra desaparece bajo sus pies, he pisado con ellos lo que queda de ella durante nuestra inmersión. Más allá de estas parcelas, los pueblos de las grandes ciudades cercaron, prohibiendo el movimiento de su nomadismo.

El hombre de las grandes ciudades es educado, educado, calificado. Ha construido su mente, se ha convertido en un ingeniero, un científico, un calculador. Redujo su razón a una simple máquina de calcular al servicio de una creencia: *hacer algo mejor que las leyes de la naturaleza*. Un calculador jurado tiene un dogma que coloca a la mente humana justo después de Dios, y eso le da el derecho de cambiar la faz del mundo hacia un ideal donde los árboles ya no necesitan tierra para crecer. Así, ha llegado al desierto un ejército de emisarios ciegos de las presencias que forman los vivos que la Vida despliega en esta majestuosa obra llamada Naturaleza.

¿Qué significa la naturaleza para el hombre de las grandes ciudades? Vivo en un pequeño país de montaña donde he visto, en apenas unas décadas, la metamorfosis de las tradiciones transformadas en llaveros, postales, objetos de recuerdo para la industria turística y la modernidad. La gente de las montañas ha vendido sus tierras, sus trajes, su ganado. Durante esta transición, las expresiones culturales ancestrales, los rituales, las fiestas, los cantos, las danzas y las formas de vida fueron estudiadas metódicamente y luego encapsuladas en el contenido de diversas tesis con el fin de dar testimonio de lo que era la vida cotidiana de una comunidad que ya no existe.

La tierra de los montañeros se ha convertido en un terreno de recreo para el esquí, para los deportes extremos, para la descarga de los habitantes de la ciudad. Actualmente, es más bien un vasto patio de recreo para niños grandes en busca de sensaciones, o el de grandes consumidores de paisajes impresionantes que venden las agencias de turismo del otro lado del mundo. En estas tierras de altura no queda, por decirlo así, más que ese interés cuya administración depende de los hombres de las grandes ciudades. La montaña ha perdido su alma, sus sueños, ya no alimenta las creencias que la protegían y permitían preservar un equilibrio entre la naturaleza y el hombre. Era un hogar para los pueblos de la tierra, donde se decía que la vida estaba en el conocimiento de las leyes de la naturaleza y donde el saber hacer se transmitía oralmente de generación en generación.

Aquí en el Chaco, la fiebre calienta los ánimos. Cuidar el árbol que florece y da frutos en el mundo vivo es por una razón distinta a la del conocimiento ancestral wichi. En esta nueva injerencia, ¿cómo van a poder cuidar este bosque primario que los nutre, estas ofrendas de esta naturaleza que sana y da el hábitat? Estas son las preocupaciones del futuro para las culturas ancestrales basadas en la oralidad. Estas sociedades primarias nunca han tenido la necesidad de poner documentos escritos en papel. Saben vivir en armonía con su entorno.

Sin embargo, a medida que crece el banco del comercio, el bosque se reduce, se encoge, se fragmenta. Se fragmenta en propiedades contractuales en beneficio de una industria alimentaria. Justifica su razón de ser proporcionando asistencia nutricional a cambio de la sedentarización impuesta a estos pueblos seminómadas que no han pedido nada. Una ayuda estatal que engendra múltiples males que afectan la salud de los individuos desposeídos de su jardín alimenticio y farmacológico. Su marcha perdida ha dado paso a la diabetes, el sobrepeso, el exceso de colesterol, la deshidratación, el debilitamiento del sistema inmunológico y donde su hábitat permanente ha puesto fin a su nomadismo, la muerte infantil acecha, se infiltra en las familias, se alimenta de los más débiles.

En la actualidad, la razón que prevalece en las tierras chaqueñas es la de la exclusión. Expulsadas de sus valores fundamentales, estas comunidades están siendo empujadas a una metamorfosis despiadada. ¿Qué mariposa surgirá una vez que haya cambiado su tradición oral por la de la palabra escrita? Conocí a hombres y mujeres que aún sabían escuchar a la naturaleza y soñar con ella en el silencio de las páginas en blanco del gran libro de la vida cotidiana. Son sólo páginas en blanco de letras, tan vacías que no contaminan el pensamiento de los antiguos. Sin embargo, la nueva generación entra en el libro con plumas de tinta y una mente alfabetizada. Empezó este viaje sin retorno, dejando a un lado del camino los vestigios de una civilización que se estaba extinguiendo,

como el campesinado de nuestras montañas. La modernidad que desciende sobre las tierras del Chaco es la de una humanidad que huye hacia un absoluto idealizado donde el hombre se aleja de su naturaleza ontológica, de los sueños compartidos con los seres de la naturaleza y de su facultad de razonar con el corazón.

Rezo para que este pueblo, con sus hermosas tradiciones, conserve la presencia de su identidad heredada de tantos milenios y que sea capaz de enseñarnos cómo añadir lo vivo a nuestro pensamiento occidental y globalizador.

François Ledermann
Ginebra, 4 de mayo de 2024

Este trabajo está licenciado bajo CC BY-NC-ND 4.0. Para ver una copia de esta licencia, vaya a <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>